

La disputa entre hombres de negocios y banqueros

La presente ola de estatificaciones bancarias trae a primer término una vieja polémica entre negociantes y banqueros acerca del papel más o menos decisivo de la Banca en la marcha de los negocios. La cuestión tiene su trascendencia a la vez práctica y científica. A la disputa entre hombres de empresa y banqueros se le puede encontrar un paralelismo en el debate de los economistas acerca de las causas de las crisis y su remedio; los dineristas a lo Hawtrey o Hayek representan en el sector científico la tesis afine de los mercantilistas en el sector práctico, en tanto que sus contrincantes que, como Cassel, Hobson, Spiethoff y tantos otros, creen en una causa básica de las crisis más profunda que la simple escasez de dinero, serían los homólogos de los que sustentan la tesis bancaria.

El problema debatido se reduce en esencia a atribuir a la Banca como creadora de dinero, un papel activista o puramente pasivo.

Es vieja la queja de los negociantes contra los banqueros, a quienes acusan de ponerles dificultades en el desarrollo de sus planes y a la vida de sus industrias, no proporcionándoles con suficiente abundancia y baratura el dinero que necesitan. Los

banqueros se han defendido siempre sosteniendo que ellos tienen que atenerse, no por capricho sino por necesidad, a ciertas normas de prudencia que la experiencia ha aconsejado seguir, y no depende de su voluntad más que aparentemente el suministrar dinero al mercado.

Es este un pleito en que se ve que la tesis de cada sector se halla influida por un criterio profesional, demasiado unilateral seguramente, y en que paradójicamente cada uno subestima su propia función dentro del complejo económico, como excusándose con sus antagonistas del fracaso en que se ven sumidos periódicamente los negocios y, con ellos, la vida material de los pueblos.

Los economistas y los políticos se han limitado luego a abrazar el partido de unos o de otros, exhornándolo los primeros con teorías más o menos racionales que legítimas en su posición, pero añadiendo en realidad muy pocas razones positivas. En el fondo se trata más que de otra cosa, de justificar una política práctica en cuya eficacia se cree, basándose en experiencias personales, de modo que consecuentemente con la anterior división de opiniones acerca de las causas de la crisis puede establecerse otra, desde el punto de vista de la política o táctica económica, entre los que han sido tachados de inflacionistas por sus adversarios, a causa de ser propugnadores de las facilidades monetarias y de abrir las espigas del dinero, y los tildados de deflacionistas y aun de derrotistas por sus enemigos que les acusan de querer prolongar los sufrimientos de la depresión, por su aferramiento a ciertos principios que juzgan de sanidad monetaria.

En realidad ni unos ni otros quieren embarrancar en ninguno de los dos escollos, pero unos piensan que se evitará mejor el naufragio haciendo rumbo hacia Scylla, y otros creen que es mejor orientarse hacia Caribdys.

Ambas tesis, con sus políticas económicas correspondientes, representan una visión parcial del problema y difícilmente puede esperarse de ellas la solución de nuestras angustias crematísticas. Algo que parece más poderoso que la voluntad de los hombres, hace sus esclavos y víctimas de todos cuantos tienen en sus manos el andar de nuestra economía.

Los banqueros alegan, no sin razón, que ellos no pueden hacer más que atender las peticiones

de los hombres de negocios, dentro de las normas de una economía sana. La misión de la Banca es realizar una función auxiliar, como la del transporte. Lo principal es que las mercaderías se produzcan; una vez producidas puede ser culpa del transporte, si sus medios son insuficientes, el que el aprovisionamiento no se cumpla del modo debido, pero también el desarrollo de los medios de transporte por encima de lo necesario resulta no tan solo vanamente dispendioso, sino propicio a producir atascos y taponamientos.

El dinero es como un vehículo del valor; una cantidad insuficiente dificulta su circulación; una cantidad excesiva obstruye y tapona en definitiva los cauces de la riqueza, aunque procure cierta holgura momentánea.

Ni aun siquiera basta que el dinero sea creado; es menester que alguien lo solicite en las cantidades y condiciones que la Banca puede ofrecerlo. Cabe citar como ilustración muy notoria aquella experiencia, cuando la gran crisis iniciada en 1928 en los Estados Unidos, conocida con el nombre de experimento Hoover. Después de la etapa en que los hombres de empresa y los políticos de allí creyeron haber descubierto el secreto de la prosperidad perpetua, sobrevino aquella crisis inesperada, temida, con razón, por una de las más grandes de la historia. Con arreglo a las teorías monetarias que entonces imperaban en los medios oficiales de aquel país, se creyó poder conjurarla aumentando la masa circulante de dinero. Se bajó el tipo de descuento, se procuraron facilidades de crédito, se estimuló por diversos medios la salida del dinero al público. Nada se logró; el dinero no era solicitado en cantidades mayores, sino menores que antes. La crisis había socavado los incentivos para los negocios; las perspectivas de beneficios habían descendido por debajo de todo tipo posible de interés por bajo que fuera, y éste, en vez de ser solicitado, acudía a los Bancos, porque los ahorradores preferían mantener en forma líquida sus economías que darles cualquier empleo, y menos productivo. El mecanismo bancario resultaba impotente contra esto. El atasco se resolvió unos años después, bajo la administración de Roosevelt, de una manera que a muchos pareció sorprendente: haciendo el valor de los dólares un 40 % más pequeño, esto es, reduciendo la capacidad de los vehículos transportadores de la riqueza.

Pero la incapacidad de la Banca para resolver las crisis quedó patente. Hay un cierto tipo de Banca que parece más apta para dominar el obstáculo: la banca de empresa, que se dedica a promover y financiar negocios, cuando no con su propia responsabilidad, creando empresas filiales. Pues ni

aun una Banca de ese tipo puede vencer el trance adverso, porque ¿qué sería de ella si invirtiera los capitales de que dispone sin miras a la rentabilidad? Lo primero que ha de hacer un Banco de negocios que entienda el suyo, es asegurarse del porvenir de las empresas que acomete. Si algún fracaso sufre, ha de representar un porcentaje pequeño en la masa total de sus iniciativas. El acumular fracasos le llevaría a la ruina y a la quiebra. Esto demuestra que ni aun una entidad de gran crédito, capaz de levantar casi ilimitadamente capitales y emplearlos por sí, puede nada en contra de la coyuntura.

Y si esto es así, mucho menos puede esperarse que la dadivosidad de la Banca comercial, que tradicionalmente tiene su principal negocio en el descuento de papel comercial que responda a operaciones de venta ya realizadas, tenga una acción correctora sobre el ritmo de la economía. Es el movimiento de ésta la que ha de marcar el paso de los negocios bancarios, como la velocidad del viento es la que da a las aspas del molino la pauta de su marcha.

¿Qué diremos en fin de la Banca emisora, cúspide de la pirámide bancaria, que tiene limitada la calidad de las inversiones, generalmente reducidas a papel avalado por firmas de primera calidad cuando no por bancos comerciales acreditados, y que, fuera de créditos escogidos, sólo puede tener como activo material los metales monetarios y a veces, por concesión especial, valores públicos? Son éstas, limitaciones que se han juzgado necesarias hasta ahora para la que es natural guardián del valor de la moneda.

Por eso me parecen equivocadas las esperanzas que alientan esta racha de estatificaciones bancarias que sopla sobre el mercado financiero. ¿Se va a conservar a la Banca dentro de los principios tradicionales que han demostrado ser, dentro de la actual estructura económica, los de una buena política monetaria? Pues, entonces, esas esperanzas resultarán fallidas; los promotores de tal medida sobrevalúan el poder económico que la estatificación del crédito pone en sus manos. Al final se encontrarán que no se ha conseguido sino burocratizar más su administración, lo cual no constituye una ventaja en ningún aspecto. ¿Es que se van a alterar aquellos principios introduciendo prácticas que los infrinjan? Esperemos en ese caso serias perturbaciones que acabarán en alguna crisis económica, de difícil solución una vez metidos en el atolladero, lo cual en una estructura social y política tan inestable como la que ahora tiene el mundo puede acarrear las lamentables consecuencias.

de los hombres de negocios, dentro de las normas de una economía sana. La misión de la Banca es realizar una función auxiliar, como la del transporte. Lo principal es que las mercaderías se produzcan; una vez producidas puede ser culpa del transporte, si sus medios son insuficientes, el que el aprovisionamiento no se cumpla del modo debido, pero también el desarrollo de los medios de transporte por encima de lo necesario resulta no tan solo vanamente dispendioso, sino propicio a producir atascos y taponamientos.

El dinero es como un vehículo del valor; una cantidad insuficiente dificulta su circulación; una cantidad excesiva obstruye y tapona en definitiva los cauces de la riqueza, aunque procure cierta holgura momentánea.

Ni aun siquiera basta que el dinero sea creado; es menester que alguien lo solicite en las cantidades y condiciones que la Banca puede ofrecerlo. Cabe citar como ilustración muy notoria aquella experiencia, cuando la gran crisis iniciada en 1928 en los Estados Unidos, conocida con el nombre de experimento Hoover. Después de la etapa en que los hombres de empresa y los políticos de allí creyeron haber descubierto el secreto de la prosperidad perpetua, sobrevino aquella crisis inesperada, temida con razón, por una de las más grandes de la Historia. Con arreglo a las teorías monetarias que entonces imperaban en los medios oficiales de aquel país, se creyó poder conjurarla aumentando la masa circulante de dinero. Se bajó el tipo de descuento, se procuraron facilidades de crédito, se estimuló por diversos medios la salida del dinero al público. Nada se logró; el dinero no era solicitado en cantidades mayores, sino menores que antes. La crisis había socavado los incentivos para los negocios; las perspectivas de beneficios habían descendido por debajo de todo tipo posible de interés por bajo que fuera, y éste, en vez de ser solicitado, acudía a los Bancos, porque los ahorradores preferían mantener en forma líquida sus economías que darles cualquier empleo, y menos productivo. El mecanismo bancario resultaba impotente contra esto. El atasco se resolvió unos años después, bajo la administración de Roosevelt, de una manera que a muchos pareció sorprendente: haciendo el valor de los dólares un 40 % más pequeño, esto es, reduciendo la capacidad de los vehículos transportadores de la riqueza.

Pero la incapacidad de la Banca para resolver las crisis quedó patente. Hay un cierto tipo de Banca que parece más apta para dominar el obstáculo: la banca de empresa, que se dedica a promover y financiar negocios, cuando no con su propia responsabilidad, creando empresas filiales. Pues ni

aún una Banca de ese tipo puede vencer el trance adverso, porque ¿qué sería de ella si invirtiera los capitales de que dispone sin miras a la rentabilidad? Lo primero que ha de hacer un Banco de negocios que entienda el suyo, es asegurarse del porvenir de las empresas que acomete. Si algún fracaso sufre, ha de representar un porcentaje pequeño en la masa total de sus iniciativas. El acumular fracasos le llevaría a la ruina y a la quiebra. Esto demuestra que ni aún una entidad de gran crédito, capaz de levantar casi ilimitadamente capitales y emplearlos por sí, puede nada en contra de la coyuntura.

Y si esto es así, mucho menos puede esperarse que la dadivosidad de la Banca comercial, que tradicionalmente tiene su principal negocio en el descuento de papel comercial que responda a operaciones de venta ya realizadas, tenga una acción correctora sobre el ritmo de la economía. Es el movimiento de ésta la que ha de marcar el paso de los negocios bancarios, como la velocidad del viento es la que da a las aspas del molino la pauta de su marcha.

¿Qué diremos en fin de la Banca emisora, cúspide de la pirámide bancaria, que tiene limitada la calidad de las inversiones, generalmente reducidas a papel avalado por firmas de primera calidad, cuando no por bancos comerciales acreditados, y que, fuera de créditos escogidos, sólo puede tener como activo material los metales monetarios y a veces, por concesión especial, valores públicos? Son éstas, limitaciones que se han juzgado necesarias hasta ahora para la que es natural guardián del valor de la moneda.

Por eso me parecen equivocadas las esperanzas que alientan esta racha de estatificaciones bancarias que sopla sobre el mercado financiero. ¿Se va a conservar a la Banca dentro de los principios tradicionales que han demostrado ser, dentro de la actual estructura económica, los de una buena política monetaria? Pues, entonces, esas esperanzas resultarán fallidas; los promotores de tal medida sobrevalúan el poder económico que la estatificación del crédito pone en sus manos. Al final se encontrarán que no se ha conseguido sino burocratizar más su administración, lo cual no constituye una ventaja en ningún aspecto. ¿Es que se van a alterar aquellos principios introduciendo prácticas que los infrinjan? Esperemos en ese caso serias perturbaciones que acabarán en alguna crisis económica, de difícil solución una vez metidos en el atolladero, lo cual en una estructura social y política tan inestable como la que ahora tiene el mundo puede acarrear las lamentables consecuencias.

GERMÁN BERNÁCER